

XIII. ORACIÓN Y LA PALABRA DE DIOS

(Continuación)

«Hace algunos años, un hombre viajaba por los bosques de Kentucky. Llevaba consigo una gran suma de dinero y estaba bien armado. Se hospedó una noche en una casa de troncos, pero le preocupaba mucho la apariencia tosca de los hombres que entraban y salían de aquella morada. Se retiró temprano, pero no para dormir. A medianoche oyó a los perros ladrar furiosamente y el sonido de alguien que entraba en la cabaña. Mirando a través de una rendija en las tablas de su habitación, vio a un desconocido con una escopeta en la mano. Otro hombre estaba sentado frente al fuego. El viajero concluyó que planeaban robarlo, y se preparó para defenderse a sí mismo y a sus pertenencias. Poco después, el recién llegado tomó una copia de la Biblia, leyó un capítulo en voz alta, y luego se arrodilló y oró. El viajero disipó sus temores, guardó su revólver y se acostó, para dormir pacíficamente hasta la luz de la mañana. Y todo porque una Biblia estaba en la cabaña, y su dueño era un hombre de oración.» — REV. F. F. SHOUP.

LA ORACIÓN tiene todo que ver con el éxito de la predicación de la Palabra. Esto, Pablo lo enseña claramente en aquella conocida y apremiante petición que hizo a los Tesalonicenses:

«Hermanos, orad por nosotros, para que la palabra del Señor corra y sea glorificada.»

La oración abre el camino para que la Palabra de Dios corra sin impedimento ni obstáculo, y crea la atmósfera favorable para que la Palabra cumpla su propósito. La oración pone ruedas debajo de la Palabra de Dios, y da alas al ángel del Señor «que tiene el evangelio eterno para predicarlo a los que moran en la tierra, y a toda nación, tribu, lengua y pueblo». La oración ayuda grandemente a la Palabra del Señor.

La Parábola del Sembrador es un estudio notable de la predicación, que muestra sus diferentes efectos y describe la diversidad de oyentes. Los oyentes

junto al camino son legión. El suelo yace sin preparar, ya sea por pensamiento previo u oración; como consecuencia, el diablo fácilmente quita la semilla (que es la Palabra de Dios) y disipando toda buena impresión, hace que la obra del sembrador sea vana. Nadie cree por un momento que tanta siembra de hoy en día quedaría sin fruto si tan solo los oyentes prepararan el terreno de sus corazones de antemano mediante la oración y la meditación.

Similarmente con los oyentes de terreno pedregoso, y los oyentes de terreno espinoso. Aunque la palabra se aloja en sus corazones y comienza a brotar, todo se pierde, principalmente porque no hay oración, ni vigilancia, ni cultivo que le siga. Los oyentes de buen terreno se benefician de la siembra, simplemente porque sus mentes han sido preparadas para la recepción de la semilla, y porque, después de oír, han cultivado la semilla sembrada en sus corazones, mediante el ejercicio de la oración. Todo esto da un énfasis peculiar a la conclusión de esta sorprendente parábola: «Mirad, pues, cómo oís». Y para que podamos mirar cómo oímos, es necesario entregarnos continuamente a la oración.

Tenemos que creer que debajo de la Palabra de Dios está la oración, y sobre la oración, dependerá su éxito final. En el Libro de Isaías leemos:

«Así será mi palabra que sale de mi boca; no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero, y será prosperada en aquello para que la envié.»

En el Salmo 19, David engrandece la Palabra de Dios en seis declaraciones concernientes a ella. Convierte el alma, hace sabio al simple, alegra el corazón, alumbra los ojos, permanece eternamente, y es verdadera y justa en su totalidad. La Palabra de Dios es perfecta, segura, recta, pura. Escudriña el corazón y, al mismo tiempo, purifica en su efecto. No es sorpresa, por lo tanto, que después de considerar la profunda espiritualidad de la Palabra de Dios, su poder para escudriñar la naturaleza interna del hombre, y su profunda pureza, el Salmista cierre su disertación con este pasaje:

«¿Quién podrá entender sus errores?» Y luego orando de esta manera: «Límpiname Tú de faltas secretas. Detén también a Tu siervo de pecados de

soberbia. No se enseñoreen ellos de mí. Sean gratos los dichos de mi boca y la meditación de mi corazón delante de Ti, Oh Señor, roca mía y redentor mío.»

Santiago reconoce la profunda espiritualidad de la Palabra, y su poder salvador inherente, en la siguiente exhortación:

«Por lo cual, desechando toda inmundicia y abundancia de malicia, recibid con mansedumbre la palabra implantada, la cual puede salvar vuestras almas.»

Y Pedro habla en la misma línea, al describir el poder salvador de la Palabra de Dios:

«Siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre.»

Pedro no solo habla de nacer de nuevo, por la Palabra incorruptible de Dios, sino que nos informa que para crecer en la gracia debemos ser como niños recién nacidos, deseando o alimentándonos de la «leche espiritual no adulterada de la Palabra».

Eso no quiere decir, sin embargo, que la mera forma de las palabras tal como aparecen en la Biblia tengan en sí mismas alguna eficacia salvadora. Pero la Palabra de Dios, recuérdese, está impregnada del Espíritu Santo. Y así como hay un elemento Divino en las palabras de la Escritura, así también se encuentra el mismo elemento Divino en toda predicación verdadera de la Palabra, que es capaz de salvar y convertir el alma.

La oración invariablemente engendra amor por la Palabra de Dios, y lleva a las personas a la lectura de ella. La oración lleva a las personas a obedecer la Palabra de Dios, y pone en el corazón que obedece un gozo inefable. Las personas que oran y las personas que leen la Biblia son la misma clase de gente. El Dios de la Biblia y el Dios de la oración son uno. Dios habla al hombre en la Biblia; el hombre habla a Dios en la oración. Uno lee la Biblia para descubrir la voluntad de Dios; ora para poder recibir poder para hacer esa voluntad. La lectura de la Biblia y la oración son los rasgos distintivos de aquellos que se esfuerzan por conocer y agradar a Dios. Y así como la oración engendra amor por las Escrituras, y lleva a

las personas a leer la Biblia, así también, la oración hace que hombres y mujeres visiten la casa de Dios, para oír las Escrituras expuestas. La asistencia a la iglesia está estrechamente conectada con la Biblia, no tanto porque la Biblia nos advierte contra «dejar de congregarnos, como algunos tienen por costumbre», sino porque en la casa de Dios, el ministro escogido de Dios declara Su Palabra a los hombres que mueren, explica las Escrituras, y aplica sus enseñanzas a sus oyentes. Y la oración germina una resolución, en aquellos que la practican, de no abandonar la casa de Dios.

La oración engendra una conciencia que ama la iglesia, un corazón que ama la iglesia, un espíritu que apoya la iglesia. Son las personas que oran quienes hacen de la asistencia a la predicación de la Palabra un asunto de conciencia; quienes se deleitan en su lectura y exposición; quienes la apoyan con su influencia y sus medios. La oración exalta la Palabra de Dios y le da preeminencia en la estimación de aquellos que fiel y sinceramente invocan el Nombre del Señor.

La oración extrae su misma vida de la Biblia, y no tiene fundamento fuera de la autoridad de las Escrituras. Su misma existencia y carácter dependen de la revelación que Dios ha hecho al hombre en Su santa Palabra. La oración, a su vez, exalta esta misma revelación, y vuelve a los hombres hacia esa Palabra. La naturaleza, la necesidad y el carácter omniabarcante de la oración, se basan en la Palabra de Dios.

El Salmo 119 es un directorio de la Palabra de Dios. Con tres o cuatro excepciones, cada versículo contiene una palabra que identifica, o ubica, la Palabra de Dios. Muy a menudo, el escritor prorrumpe en súplicas, orando varias veces: «Enséñame Tus estatutos». Tan profundamente impresionado está con las maravillas de la Palabra de Dios, y de la necesidad de iluminación Divina para ver y entender las cosas maravillosas registradas en ella, que ora fervientemente:

«Abre mis ojos, para que vea las maravillas de Tu ley.»

Desde el comienzo de este maravilloso Salmo hasta su cierre, la oración y la Palabra de Dios están entrelazadas. Casi cada fase de la Palabra de Dios es tocada

por este escritor inspirado. Tan completamente convencido estaba el Salmista del profundo poder espiritual de la Palabra de Dios que hace esta declaración:

«En mi corazón he guardado Tus dichos, para no pecar contra Ti.»

Aquí el Salmista encontró su protección contra el pecado. Al tener la Palabra de Dios escondida en su corazón; al tener todo su ser completamente impregnado de esa Palabra; al estar completamente bajo su benigna y graciosa influencia, fue capacitado para andar de un lado a otro en la tierra, a salvo del ataque del Maligno, y fortificado contra la propensión a desviarse del camino.

Encontramos, además, el poder de la oración para crear un amor genuino por las Escrituras, y para poner dentro de los hombres una naturaleza que se complacerá en la Palabra. En santo éxtasis clama: «¡Oh, cuánto amo yo Tu ley! Todo el día es ella mi meditación». Y otra vez: «¡Cuán dulces son Tus palabras a mi paladar! Sí, más dulces que la miel a mi boca».

¿Quisiéramos tener un gusto por la Palabra de Dios? Entonces entreguémonos continuamente a la oración. El que quisiera tener un corazón para la lectura de la Biblia no debe — no se atreva — a olvidar orar. El hombre de quien se puede decir: «Su deleite está en la ley del Señor», es el hombre que puede verdaderamente decir: «Me deleito en visitar el lugar de la oración». Ningún hombre ama la Biblia, si no ama orar. Ningún hombre ama orar, si no se deleita en la ley del Señor.

Nuestro Señor fue un hombre de oración, y Él engrandeció la Palabra de Dios, citando a menudo las Escrituras. A través de toda Su vida terrenal, Jesús observó la guarda del día de reposo, la asistencia a la sinagoga y la lectura de la Palabra de Dios, y tuvo la oración entremezclada con todas ellas:

«Y vino a Nazaret, donde se había criado; y conforme a Su costumbre, entró en la sinagoga el día de reposo, y se levantó a leer.»

Aquí, sea dicho, que no hay dos cosas más esenciales para una vida llena del Espíritu que la lectura de la Biblia y la oración secreta; no hay dos cosas más útiles para el crecimiento en la gracia; para obtener el mayor gozo de la vida

cristiana; hacia el establecimiento de uno en los caminos de la paz eterna. La negligencia de estos importantísimos deberes presagia pobreza del alma, pérdida del gozo, ausencia de paz, sequedad del espíritu, decadencia en todo lo que pertenece a la vida espiritual. La negligencia de estas cosas pavimenta el camino para la apostasía, y le da al Maligno una ventaja tal que es poco probable que la ignore. Leer la Palabra de Dios regularmente, y orar habitualmente en el lugar secreto del Altísimo, pone a uno donde está absolutamente a salvo de los ataques del enemigo de las almas, y le garantiza la salvación y la victoria final, mediante el poder vencedor del Cordero.